

Con el dedo tocamos ahora lo que constituye el temperamento original de una raza; la cual, si lo posee, sabrá imprimir su sello propio en los elementos que le entreguen, de cualquier calidad que sean. Lo mismo puede hacerse con arte y originalidad una caballeriza que unas botas. Pero aunque se copie diez veces seguidas la mezquita de Santa Sofía, como lo han hecho los Turcos en Constantinopla, añadiendo algunos asuntos de ornamentación persa ó árabe, no por esto queda menos evidenciado que se carece de toda originalidad artística.

III

IMPORTANCIA ESTÉTICA DE LAS ARTES ÁRABES

Después de tratar de los orígenes de las artes árabes, y de haber demostrado su descolante originalidad, nos vemos naturalmente abocados á examinar su importancia estética; bien que por falta de un criterio fijo, toda apreciación de ésta se reduce á un parecer individual que le quita mucha autoridad. Es indudable que no podemos guiarnos por la utilidad, es decir, por la perfecta adaptación de la obra de arte á su objeto, pues cabe edificar casas y monumentos y hacer diversos objetos no menos útiles sin que su mérito artístico sea igual.

Para determinar con certeza el grado de belleza ó de fealdad de una obra de arte convendría primero definir lo que es bello y lo que es feo; y como la experiencia demuestra que el sentido de tales palabras cambia, según la raza, la educación, el centro, el momento, y otros factores, la única definición posible, por ser la única verdadera en todos los tiempos, en todas las razas y épocas, es la siguiente: es bello aquello que nos gusta; pues aunque sea insuficiente, no cabe en lo posible completarla sin entrar en aquellas regiones inaccesibles de las causas primeras, que la ciencia todavía no ha logrado escalar. Un objeto nos gusta porque está relacionado con ciertas condiciones de la organización, variables de uno á otro individuo, y de una á otra raza; pero sería imposible decir qué condiciones son esas. No puede haber en la naturaleza belleza, ni fealdad absolutas, como no puede haber ruido ó silencio, luz ó tinieblas también absolutas. Todo esto son creaciones de nuestra mente, que la fisiología moderna ha demostrado sin esfuerzo que eran puras ilusiones. La belleza y la fealdad no aparecieron en

el mundo sino el día en que ciertas cosas y ciertas formas han influido agradable ó desagradablemente en nuestros sentidos; y para decirlo de una vez, no son más que ciertas maneras de ser del deleite y del dolor.

Si los elementos de una obra de arte tienen ciertas relaciones determinadas entre sí, afectan agradablemente á nuestros sentidos; al paso que si estas relaciones no están cumplidas, la falta de armonía produce una sensación algo cercana al dolor. En el primer caso decimos que la obra es bella, y que es fea en el segundo. Pero nos sería imposible manifestar por qué razón ciertas combinaciones producen un efecto desagradable en el ojo ó en el oído mientras otras causan el efecto contrario. El día en que la ciencia descubra por qué fulano prefiere tal alimento que mengano detesta, la estética habrá dado un gran paso. Por desgracia ese día aún está lejos.

Lo que fácilmente nos ilusiona acerca de la importancia que las obras de arte parecen tener en sí mismas dimana de ver en cada raza que la mayor parte de individuos parecen convenir respecto á ciertos distintivos de la belleza; aunque semejante concordancia no resulta más que de la semejanza que hay en la organización de ellos mismos. Pero si nos dirigimos á otra raza, en seguida cambia la idea que ésta tiene de la belleza y de la fealdad. Un Bizantino prefería las formas estrechas y aplastadas de sus vírgenes á las formas vigorosas de las diosas griegas; los bárbaros merovingios tenían sus groseros bocetos de formas humanas por mucho más bellos que las producciones de la civilización greco-latina; y para un salvaje del Sud del África, aquella monstruosidad horrible para nosotros que han dado en llamar Venus hotentote, es un tipo de hermosura tan perfecto como puede serlo para un europeo la Venus de Médicis ó el Apolo de Belvedere.

Las precedentes explicaciones nos encaminan, según se ve, á la definición que nos ha servido de punto de partida, á saber, que lo bello es lo que nos gusta; la cual completaremos diciendo que lo bello consiste en lo que, dada una época, gusta á la mayor parte de individuos de una misma raza. Pero no podemos decir más.

Por insuficiente que sea nuestra definición, basta para indicarnos inmediatamente en qué consiste el arte, y cuáles deben ser nuestras exigencias con respecto al artista. Si éste busca sus modelos en la naturaleza, le encomendare-

IV

LAS ARTES ÁRABES

Se entiende generalmente por bellas artes la pintura, escultura, arquitectura y música, y por artes industriales los productos de la aplicación de las bellas artes á cierta categoría de obras de utilidad general, reproducidas por medio de procedimientos más ó menos mecánicos.

El valor de la frase *artes industriales* se presta de seguro á discusiones; pero como no me toca aquí dirimir esas contiendas, me reduciré á recordar que se comprende bajo aquella clasificación la cerámica, la cristalería artística, el mosaico, la ebanistería, damasquinería, orfebrería, etc.

En el concepto de la civilización, el estudio de los productos del arte industrial tiene quizá tanta importancia como el de las bellas artes propiamente dichas; cabiendo hallar en los muebles más insignificantes detalles relativos á la vida íntima de un pueblo y rasgos que ayuden á apreciar los conocimientos artísticos, ó las necesidades de los que los inventaron ó hicieron uso de ellos.

Tratándose de los Arabes, el arte se halla en todas sus cosas: en el sello de madera de un panadero, en un cubo de sacar agua, en un vulgar cuchillo de cocina; todo lo cual tiene un aspecto agraciado, que revela hasta qué punto se extendiera el gusto artístico, penetrando en las mismas filas de los artesanos más humildes. El arte es independiente de sus aplicaciones, pudiendo manifestarse así en la elaboración de un objeto raro y costoso como en la de un objeto vulgarísimo.

Por falta de documentos suficientes el estudio que en este capítulo vamos á hacer de las artes árabes será muy incompleto, pues nadie había antes intentado escribir la historia de sus orígenes y transformaciones, á pesar del interés que tiene.

Las más importantes obras de arte que los Arabes nos han dejado consisten en sus monumentos; los cuales, como son numerosos, nos permitirán en el próximo capítulo bosquejar la historia de la arquitectura árabe. Pero la reunión de los materiales necesarios para bosquejar la historia de las demás artes que con tanto éxito cultivaron, requería un cúmulo de investigaciones tan costoso, que hemos debido limitar mucho nuestros esfuerzos, reduciéndonos en nuestros viajes al estudio de los monumentos. Por

mos que nos reproduzca aquello que nos gusta, exagerándolo en el sentido que nos es agradable; y por ejemplo, no nos quejaremos de que el escultor labre una mujer más bella de lo que generalmente se ve, pues cabalmente ese embellecimiento de la naturaleza, y no la copia servil de ella, constituye el arte. Sin ninguna duda la Venus de Milo es demasiado hermosa, pues la naturaleza no junta tantas perfecciones en un solo ser; y con todo, no podemos menos de admirarla. Si el mismo artista hubiese empleado sus facultades en representarnos á una vieja arrugada y desnuda, cabría celebrar su habilidad en vencer las dificultades, pero no se admiraría la obra, y en caso de admirarla, hubiera sido no más que siguiendo las convenciones de una moda pasajera.

Además estas convenciones pueden llegar á modificar hasta el gusto más natural, sobre todo en los pueblos decadentes; y así vemos á las personas, que se dan el nombre de realistas, preferir, ó siquiera imaginar, que prefieren, una realidad grosera, repugnante, á una obra de arte representando un objeto seductor. Pero de semejantes realidades se halla atestada la naturaleza, al paso que no cabe decir lo mismo de los objetos hermosos; y si el arte consistiese en copiar servilmente la naturaleza, sin interpretarla, no podría existir. Hasta admitiendo que hubiese verdadera necesidad de multiplicar las copias de los objetos desagradables, los procedimientos mecánicos y fidelísimos de la fotografía bastarían, pues semejantes cosas no requieren ningún talento creador.

Basta recorrer las obras literarias y artísticas de los Arabes para ver que éstos siempre se cuidaron de embellecer la naturaleza; cabiendo decir que el sello característico del arte árabe consiste en la imaginación, la brillantez, el esplendor, la ornamentación exuberante y la fantasía en los más ligeros detalles. Una raza de poetas,—y quisiera saber cuándo un poeta no tiene algo de artista,—una raza de poetas que llegó á ser bastante rica para dar realidad á todos sus sueños, estaba destinada á producir esos palacios fantásticos que parecen encajes de mármol incrustados de oro y piedras preciosas. Ni otro pueblo había poseído semejantes maravillas, ni otro volverá á poseerlas, por corresponder á un estado juvenil é ilusorio, que se va desvaneciendo para siempre. Al menos no hay que pedirles á ese período de la ramplonería utilitaria y fría á que ha llegado ahora la humanidad.

este motivo no hacemos en este capítulo más que indicaciones generales, sin demostrar, cual lo haremos en la arquitectura, la serie de transformaciones que se verificaron en cada una de aquellas artes, entre una y otra época.

Pintura.—Se ha admitido generalmente que los musulmanes convinieron en abstenerse de representar por medio de figuras á la divinidad



Sello árabe, de madera, de un panadero

y á los seres vivientes; y la verdad es que el Corán, ó siquiera sus comentarios, ponen aquella orden en boca del profeta.

Sin embargo, los musulmanes no dieron importancia á esta prescripción sino muy tarde; habiendo al principio hecho de ella el mismo caso que de las prohibiciones de jugar al ajedrez, beber en vasos de oro ó de plata, etc., que también figuran en aquel libro sagrado.

Los califas fueron los primeros en transgredir la prohibición de representar seres vivientes, y sus monedas demuestran que no vacilaron en mandar estampar en ellas su propia imagen.

Las figuras contenidas en las monedas, y las no menos numerosas que también se hallan en jarros árabes, nos proporcionan útiles indicaciones acerca de la aptitud de los Arabes para

el dibujo, pero sin revelarnos lo que valían sus conocimientos en el colorido; de modo que acerca de este punto debemos atenernos al testimonio de sus historiadores, quienes nos dicen que había muchas escuelas de pintores árabes. El exactísimo historiador Makrisi había llegado á componer una biografía de los pintores musulmanes; y cuenta que cuando en el año 460 de la hégira se saqueó el palacio del califa Mostanser, se hallaron mil piezas de tela, en las cuales había representados todos los califas árabes, con guerreros y celebridades, y que las colgaduras, formadas de telas de oro, de seda y terciopelo, estaban cubiertas de pinturas, representando toda suerte de hombres y animales.

Los relatos de Makrisi dan buena idea de la habilidad de los pintores árabes del Cairo en el siglo x de nuestra era. El mismo escritor habla de dos almeas, una envuelta en velos blancos y pintada sobre fondo negro, que parecía hundirse en la pared en la cual estaba representada. La otra, vestida de rojo y pintada sobre fondo amarillo, parecía al contrario salir al encuentro de los espectadores. Los pintores de esta época conocerían probablemente todos los recursos de la perspectiva, á juzgar por la descripción que el mismo Makrisi hace de una escalera pintada en el interior de un palacio del Cairo, que producía el efecto exacto de ser verdadera. Muchos manuscritos árabes, y particularmente los que tratan de historia natural, de la educación del caballo, etc., contienen figuras; todavía existen varios manuscritos antiguos de las *Sesiones* de Hariri, que están ilustrados por Arabes, y Casiri describe un manuscrito del siglo xii que existía en el Escorial, donde se ve una cuarentena de figuras de reyes árabes y persas, reinas, grandes personajes, generales, etc., etc.

Todos los visitantes de la Alhambra saben que en el techo de la sala del Tribunal hay pinturas representando varios asuntos, como jefes árabes celebrando consejo, la lucha victoriosa de un caballero moro con un caballero cristiano, etc.; y aunque se discrepa acerca del origen de tales pinturas, Mr. Lavoix no vacila en atribuir, siquiera una parte de ellas, á los Arabes, y por lo que respecta á nuestra opinión, creemos que quien las hizo sabía poco de pintar.

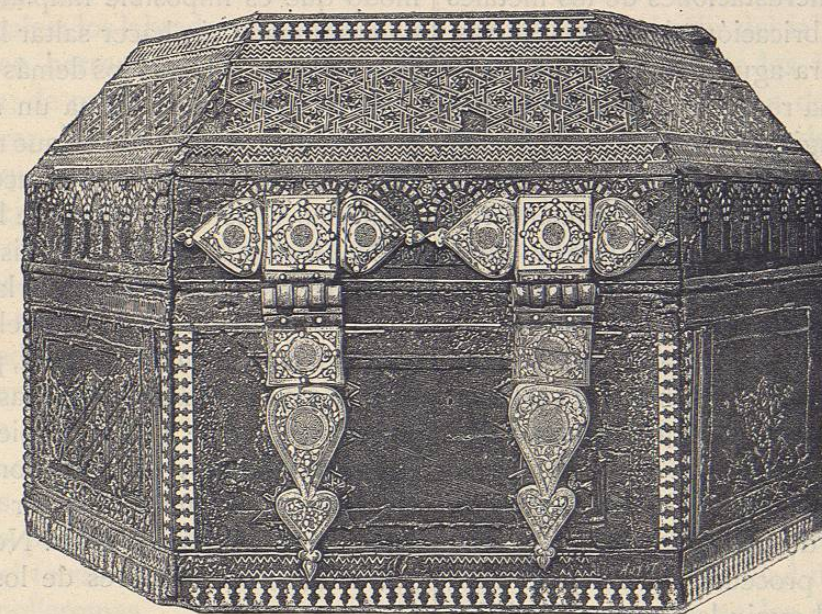
No cabe, pues, con tan escasos datos juzgar á aquella clase de artistas, y más fácil será apreciar su notable talento de dibujantes por los animales y personajes representados en sus manuscritos ó grabados en metal.

Los seres vivientes representados en los di-

bujos árabes se hallan frecuentemente rodeados de inscripciones y arabescos; sucediendo á veces que hasta las letras árabes están formadas por combinaciones de animales y de personajes, colocados en posición caprichosa. La biblioteca Nacional de París posee una copa del siglo xiii por cuyos bordes externos corre un friso, y que por la combinación de los personajes forma una leyenda en caracteres árabes.

El más conocido jarrón árabe con persona-

jes es el titulado Baptisterio de San Luis, que se halla en el Louvre, y que sirvió largo tiempo para bautizar á los príncipes reales de Francia. En otras épocas se le suponía traído por San Luis, cuando sus cruzadas; pero Mr. de Longperier ha demostrado que es obra del siglo xiii, opinando que las flores de lis que en él campean deben ser una adición hecha en aquel mismo ó en el siguiente siglo. Sin embargo, haré observar que la flor de lis, ó al menos un



Antiguo cofrecillo árabe del Cairo, de madera incrustada

emblema que se le parece mucho, figura con harta frecuencia entre los adornos de los monumentos árabes de Egipto.

Desde cierta época, que varía según los países, las figuras de seres animados desaparecen completamente de las obras árabes; lo cual revela que habiendo prevalecido el partido de los doctores de la ley que querían se siguiese literalmente el Corán, fué necesario someterse á sus exigencias.

Los pueblos que adoptaron el islamismo, como los Persas y Mogoles, se cuidaron muy poco de las prohibiciones del Corán que no les cuadraban; y así, en Persia se hallan muchas representaciones de seres animados; siendo bastante buenas las de flores y animales, aunque pequen de fantásticas; pero las de los seres humanos son generalmente medianas.

Escultura.—Las esculturas de los Arabes son tan escasísimas como sus cuadros, y lo mismo que respecto de la pintura, debemos contentarnos con las indicaciones halladas en las crónicas ó con algunos restos insuficientísimos.

Hemos hablado en un capítulo anterior de

aquel califa egipcio en cuyo palacio se veían las estatuas de todas sus mujeres; y las crónicas árabes de España contienen relatos análogos, diciéndonos, por ejemplo, que en el célebre palacio de Abderramán había varias estatuas, entre las cuales figuraba la de su querida.

No nos quedan de la estatuaria árabe sino restos sin importancia, como los leones fantásticos del patio de la Alhambra, un grifo en bronce que hay en el Campo santo de Pisa, y un león de bronce, cuya boca servía de fuente, y que procede de la colección Fortuny; todo lo cual más bien pertenece al arte industrial, por tener un fin utilitario, que al arte propiamente dicho. Con semejantes datos imposible es juzgar de la verdadera escultura árabe.

Trabajos en metales y piedras preciosas.—*Orfebrería, joyería, damasquinería (ó taracea) y cinceladura.*—El arte de trabajar los metales lo llevaron los Arabes á mucha perfección, alcanzando tanta en algunas obras, que hoy mismo sería muy difícil igualarlo: estaban sus jarros y armas cubiertos de incrustaciones de plata, de esmaltes prendidos, de piedras